toda la Iglesia. Por su parte, la «santidad en cuanto tarea» incluye los santos y las virtudes de los cristianos que, en cuanto ya realizados y ofrecidos a los demás, también se sitúan en la «santidad de don». De ahí que la santidad de los cristianos no puede ser colocada sólo en la llamada «santidad objetiva» sino que se convierten en un don para toda la Iglesia. Este discurso se amplía en otro elemento muy subrayado por el Autor: el «rostro de la Iglesia» que no es algo sólo visible o sólo sacramental. Se define como «un espacio en el cual Dios cuenta con la colaboración del hombre, un área en la que la santidad de la Iglesia es sólo potencial: puede presentarse de un modo o de otro, o no estar en absoluto» (p. 343). Según la respuesta de los cristianos el «rostro de la Iglesia» reflejará mejor su santidad originaria. Entre las direcciones eclesiológicas que privilegia también el Autor, se encuentra la inserción de la llamada universal a la santidad en el discurso sobre la santidad de la Iglesia. Entre otros autores, es aquí puesta de relieve la figura de San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Otros aspectos destacados en la parte sistemática son la repercusión de los pecados en la comunidad eclesial y la cuestión de la reforma de la Iglesia. Respecto a lo primero, el Autor señala que los pecados entorpecen la misión de la Iglesia. Además, las faltas del pasado pueden necesitar una purificación de la memoria, cuando no hayan sido justamente valoradas en su gravedad. Ante esos «pecados históricos» la memoria puede pasar de la simple tolerancia a la valoración negativa, que llega al arrepentimiento merced a la unidad en el tiempo de la Iglesia (siempre la misma por su perenne protagonista, el Espíritu Santo), y a la solidaridad sobrenatural entre todos sus hijos. En lo referente a la reforma, De Salis distingue dos modalidades, intrínsecamente unidas: la reforma interior, personal, de respuesta generosa a los dones divinos; y la reforma de las instituciones, de los usos, procedimientos, etc., que tienen como doble objetivo el que la Iglesia refleje mejor el proyecto Trinitario de reconciliación con los hombres, y que estos dones divinos lleguen más abundantemente a las personas singulares. Hay también que reseñar las consideraciones sobre la importancia de entender la Iglesia como la familia de Dios, donde se da la circularidad entre la santidad del individuo y la de la comunidad. Cierra el volumen una extensa bibliografía y un imprescindible índice de nombres.

Damos la bienvenida a este importante trabajo. Esperamos que sus aportaciones contribuyan a enriquecer el panorama teológico sobre la santidad de la Iglesia y presten además un estimulante servicio a los historiadores.

L. Martínez Ferrer

ANTIGÜEDAD

Benedicto XVI, *Los Padres de la Iglesia. De Clemente Romano a San Agustín*, Ciudad Nueva, Madrid 2008, 262 pp.

«Durante los meses pasados hemos meditado en las figuras de cada uno de los apóstoles y en los primeros testigos de la fe cristiana mencionados en los escritos del Nuevo Testamento. Ahora, dedicaremos nuestra atención a los santos Padres de los primeros siglos cristianos. Así podremos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia» (Audiencia general, 7 de marzo de 2007). Así explicaba el papa Benedicto XVI su intención de dedicar una serie de catequesis de las audiencias generales de los miércoles a estas figuras eminentes de la primera época de la Iglesia y así poner de manifiesto su importancia e influencia decisiva en el desenvolvimiento y configuración de la vida y doctrina cristianas. En el presente volumen, prologado y editado por el Prof. Marcelo Merino, se recogen treinta y seis de estas catequesis que tuvieron lugar desde el mes de febrero de 2007 hasta marzo de 2008. Todas ellas abarcan las dos primeras épocas de la Patrística, que suelen distinguirse con la celebración del primer concilio ecuménico de Nicea del año 325. Es decir, la primera época comienza con Cle-

mente de Roma y termina en los albores del siglo IV, mientras que la segunda, también llamada Edad de Oro de la Patrística, se extiende durante todo ese siglo IV y llega hasta el 430, precisamente con la muerte de San Agustín. Hasta ese año abarcan las catequesis de Benedicto XVI sobre los Padres que se ofrecen en esta obra.

El objetivo de estas enseñanzas no es propiamente académico, sino catequético. De ahí que el Papa trate de dar una formación general, fundamental y básica, destinada a un gran público; por otra parte, el método que implica la «catequesis» conlleva el condensar los tratamientos doctrinales en unidades lógicas breves y sencillas. En todo ello Benedicto XVI aparece como un verdadero maestro ya que sus exposiciones reúnen dos preciadas características: son de lectura atractiva y están llenas de contenido. Otro de los intereses de Benedicto XVI en estas catequesis es el poner de manifiesto la catolicidad y universalidad de la Iglesia. Desde esta perspectiva se presentan figuras señeras de todo el universo cristiano de los cuatro primeros siglos, desde el Oriente hasta el Occidente. Al mismo tiempo, el Papa evidencia la unidad de la doctrina católica a lo largo de la historia: se ha dado un desarrollo de la doctrina y de la vida cristianas que, partiendo de Cristo, transmitieron los apóstoles, y que fue discurriendo durante los primeros siglos en medios culturales diversos, y que con progresos, reformas y revisiones secundarias, ha llegado hasta nuestros días. Todos estos autores antiguos se han hecho indispensables en la comprensión y mejora de la vida y del pensamiento en los orígenes de la Iglesia; autores, todos ellos, pertenecientes a un periodo excepcional en la historia de la cultura occidental, auténticos maestros en las distintas formas literarias de la época en que vivieron.

Todas estas catequesis mantienen una estructura similar en la que pueden distinguirse tres grandes partes. En primer lugar, se presentan algunos rasgos biográficos del autor que se trata; en segundo lugar, se señalan aquellas obras o escritos más característicos del autor; y, por último, se hace una presentación de la aportación doctrinal que sus mensajes transmiten. Tal como señala M. Merino en la introducción: «se puede decir que el Romano Pontífice saca a la luz aquellos puntos nucleares de las "personalidades" de la Iglesia antigua, que no son otros que los de la Iglesia en todas sus épocas, pero que encierran su fascinación, como todo lo original. Así el Papa, con sencillez magistral, pone ante su auditorio una especie de espejo donde ver cómo nuestros primeros hermanos en la fe supieron resolver las circunstancias adversas con los distintos "medios" que esa misma fe les facilitaba» (p. 19).

En definitiva, la vida y enseñanza de estos maestros en la fe, con su gran fuerza de voluntad para avanzar por el camino que conduce a la Verdad y por la coherencia entre vida y doctrina que mostraron, constituyen un claro ejemplo de su perenne actualidad.

J. A. Gil-Tamayo

Clemente de Alejandría, *El Protréptico*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, Ciudad Nueva («Fuentes Patrísticas», 21), Madrid 2008, 391pp.

En el presente volumen de la colección «Fuentes Patristicas» se recoge una de las principales obras de Clemente de Alejandría (ca. 150-215), quizá la mejor elaborada, que se caracteriza por su sencillez junto con la profundidad de los objetivos que pretende: el anuncio de una época nueva y de unos misterios nuevos que sustituirán a los antiguos, a la vez que supone una invitación personal a la conversión cristiana. En la tradición cultural clásica un «protréptico» era un discurso de propaganda académica; por ello el Alejandrino adopta esta fórmula para presentar la primera tarea pedagógica del Logos divino, antes de presentarlo como Pedagogo y Maestro. El Logos, antes que nada, incita y exhorta al cambio de vida y a la búsqueda de la verdad y la salvación. La presente edición de esta obra corre a cargo del